



Arte: Noelia Borghi

El Bosque

Inestabilidad. Nuevamente retornaba la duda de sentirse en casa en algún momento. El lugar estaba allí, donde nunca estaría.

¡Cuántos lugares! Era un cobarde amarrado a la cómoda incertidumbre de ser de aquí o de allá. O quizás un viajero que buscaba lo imposible. No, nada de eso. Lo único que quería era huir y no sabía a donde. Había vuelto a encontrar al señor de los diarios.

Incansablemente aparecían seres insólitos o demasiados vinculados a su persona, por el mismo hecho de ser inverosímiles. Porque la imagen de su evaporación volvía una y otra vez. El miedo, leitmotiv de un ocaso inexorable. Ya estaba cansado, cansadito, como le gustaba decirse en esos momentos en que el cariño le prestaba una dulce ilusión.

Mientras hablaban de política, él pensaba que nunca iba a entender nada de eso, porque no era quien, porque tenía ¿miedo? de hablar con propiedad de algo tan alejado a su esencia.

Esencialmente todos queremos sobrevivir. Casi le salía “todos quieren sobrevivir”. Y era lo de siempre: no involucrarse.

¿Sería por eso que no podía hablar de política? Bueno, se mantenía al margen... y eso era una postura política. Tenía ganas de estar solo, tenía ganas de dormir con alguien, pero exponía sus garras a los de afuera. Desconfiado. Pero dispuesto a cualquier tipo de experiencias. No iba buscando sensaciones diferentes, las personas venían a él. ¿Y cómo evitarlas? Se le adherían como sanguijuelas. ¡Mentira! Él se pegaba a ellas, como buscando sustento, materia, cuerpo, algo que tuviera raíces.

Sentado al borde de la cama, se imaginó todos los límites.

Sus ojos, todavía manchados, hicieron sudar al atardecer que los volvía a teñir. Multitud de recuerdos trancos se sucedían en erupciones. La casa de la virgencita, la del duque archi ultra anillado con sus botas de cuero; la de hermoso patio, pero de horrorosa habitación; la de horroroso patio, pero de hermosa habitación.

El espejismo de entrar en cada lugar del que solo conocía la entrada.

Alguna vez pensó en un estado perdurable. Respiró. Ni siquiera su piel permanecería. Allí estaba el bosque. Verde, demasiado verde.

El siempre sería un intruso en su camino de espías. Un espantoso cosmopolita en su narcótica inmutabilidad. Un títere envidioso de su infinita autonomía. Esos menhires lo castigaban con su perfección. Eran egoístas hasta con su silencio. Inestables. Incrédulos. Porque todos lo somos. Nada ingenuos. Porque se burlan de nosotros.

Todos en completo orden. Un tablero de ajedrez con unicornios y pasifaes.

El reflejo o el sentido de la verdad. Enemigo de las máscaras, amigo del más desnudo secreto.

Entonces se vistió con ese traje tan explícito, tan pornográficamente externo. No se lavó la cara. Solo tomó un cuchillo y salió.

Primero fue un gitano, luego un perro y por último una hoja despedida por el viento.

Fue las venas de la tierra desplazándose entre los árboles convertidos en crucigramas al paso de los autos.

Y vio un niño con tenedores de plástico pegados a sus manos, intentando cortar como carne el arroz. También vio a otro usar unos tarros como batería. Entonces se vistió con ese traje tan explícito, tan pornográficamente externo. No se lavó la cara. Solo tomó un cuchillo y salió.

Primero fue un gitano, luego un perro y por último una hoja despedida por el viento.

Fue cielo entero, eterno. Voló sobre el verde. ¡Qué hermoso era!

Allí estaban las piedras, en su sueño inquebrantable, manteniendo la temperatura de la tierra. Esa hoguera a la que nunca volvería; porque se mudaría constantemente, porque no viviría en ningún lugar. Y muchos animales lo aturdieron.

Y creyó sentirse identificado con una persona desnuda que corrió escaleras abajo gritando e invocando su nombre.

Y percibió el murmullo de alguien en una terraza, contando sus días, con los ojos nutridos de excesiva soledad.

Entonces se vistió con ese traje tan explícito, tan pornográficamente externo. No se lavó la cara. Solo tomó un cuchillo y salió.

Primero fue un gitano, luego un perro y por último una hoja despedida por el viento.

Fue los pétalos de una rosa que se trocaron en pecas. Las pecas de la mujer que le acarició los pies hasta matarlos. Porque se suspendió sin origen, sin tiempo.

Y sintió el cuerpo del hermafrodita, zigzagueando, traspasando sus contornos; de la católica que lo besó y lo enredó con su rosario; de la árabe que lo cubrió de estrellas; de la ninfa, con su cáscara blanca como el mármol.

Porque disfrutaba con la piel ajena. Renacería en su misterio.

Entonces se vistió con ese traje tan explícito, tan pornográficamente externo. No se lavó la cara. Solo tomó un cuchillo y salió.

Primero fue un gitano, luego un perro y por último una hoja despedida por el viento.

Fue un pájaro sin rumbo, solo voló para comprobar que estaba vivo. Aterrizó para no olvidarse del fracaso. Ascendió para caer por el resto de sus días. Y sintió el perfume del vidrio, de la mirra, de la ropa quemada. Olió las montañas, los barriletes, las manos con harina. Estaba seguro de no haber practicado lo suficiente.

Quiso sentir el mundo con todos sus sentidos. Insistió en encontrar lo inalcanzable, experimentar lo inefable.

Entonces se vistió con ese traje tan explícito, tan pornográficamente externo. No se lavó la cara. Solo tomó un cuchillo y salió.

Primero fue un gitano, luego un perro y por último una hoja despedida por el viento.

Algunos hilos taparon su rostro cuando comenzó a hundirse. Probó los cabellos de las sirenas. Saboreó el jugo del cielo y de la tierra. De pronto, sintió el gusto de un vino muy dulce, sabía a infancia, a clamor, a sexo, a flores, a sangre. Ya se había hecho un primer corte con el cuchillo y volvería a hacerlo cuantas veces pudiera. Porque no se rendiría a la cruel certidumbre de ser de aquí o de allá.

El sentiría el gusto de la muerte, tan fresco, tan intenso.

Pensó en la inmortalidad. Se dijo que viviría porque escuchó el parpadeo del bosque y bebió su fragancia inextinguible.

José M. Berra
09/08/99